



DANIEL PENNAC

La pequeña vendedora
de prosa

Tercera entrega de la entrañable tribu Malaussène, fue considerada por Le Figaro una de las mejores novelas de 1990. Benjamin Malaussène está harto de ser el chivo expiatorio de la tiránica y genial directora literaria de las Ediciones del Talión: la reina Zabo. Y para colmo de males, ahora su hermana Clara va a casarse con Clarence Saint-Hiver... director de una penitenciaría. Son demasiadas cosas, y renuncia a su trabajo. No por mucho tiempo. La reina Zabo volverá a contratarlo: las ventas del último libro del misterioso J.L.B., el autor de mayor éxito en la casa y al cual nadie ha visto jamás, no están siendo lo que se esperaba. Lo que hace falta es darle un «rostro». El de Malaussène. Escrita con un lenguaje vigoroso en el que los silencios cuentan tanto como los diálogos, llena de humor, aunque por debajo fluya una corriente de fiero escepticismo, en La pequeña vendedora de prosa —considerada una de las mejores novelas de 1990 por el diario Le Figaro, galardonada con el premio Inter y finalista al Goncourt de ese mismo año—, los embustes, las supercherías, la avaricia y los crímenes tienen su contrapartida en la ternura, el amor y la amistad sincera de una tribu pintoresca.

Para Didier Lamaison

A la memoria de John Kennedy Toole,
que murió por no haber sido leído,
y de Vassili Grossman, que murió
por haberlo sido.

El autor quiere expresar su agradecimiento a Paul Germain, Béatrice Bouvier y Richard Villet, que le guiaron, respectivamente, por las selvas de la imprenta, la partitura del pidgin chino y los sótanos de la cirugía.

Yo es otro, pero no es mío.
Christian Mounier

I EL DELANTAL DEL CHIVO

—*Tiene usted un vicio raro, Malaussène: compadece.*

1

Primero fue una frase que me pasó por la cabeza: «La muerte es un proceso rectilíneo». El tipo de declaración terminante que esperas encontrar, más bien, en inglés: *Death is a straight on process...* algo así.

Estaba preguntándome dónde lo habría leído cuando el gigante hizo irrupción en mi despacho. La puerta no había chasqueado todavía a sus espaldas cuando ya se inclinaba sobre mí:

—¿Es usted Malaussène?

Un esqueleto inmenso con una forma imprecisa a su alrededor. Huesos como mazas y el pelo como maleza plantada a ras de napia.

—Benjamin Malaussène, ¿es usted?

Doblándose como un arco por encima de mi mesa de trabajo, me mantenía prisionero en mi sillón, con sus enormes manos estrangulando los brazos. La prehistoria en persona. Yo estaba pegado al respaldo, mi cabeza se hundía entre los hombros y era incapaz de decir si era yo mismo. Tan solo me preguntaba dónde había leído aquella frase: «La muerte es un proceso rectilíneo»; del inglés tal vez, del francés, o en una traducción...

Decidió entonces ponernos al mismo nivel: arqueando los lomos, nos arrancó del suelo, a mi sillón y a mí, para ponernos frente a él encima de la mesa. Incluso de ese modo seguía dominando la situación por más de una cabeza. A través de los abrojos de sus cejas, su mirada de jabalí hurgababa en mi conciencia como si hubiera perdido allí sus llaves.

—¿Le divierte torturar a la gente?

Tenía una voz extrañamente infantil, con un acento de dolor que quería ser terrorífico.

—¿Es eso?

Y yo, arriba, en mi trono, incapaz de pensar en algo distinto a aquella jodida frase. Ni siquiera hermosa. Puro saldo. Un francés que quiere jugar al yanqui, tal vez. Pero ¿dónde la habré leído?

—¿Y nunca tiene miedo de que le rompan la cara?

Sus manos se habían puesto a temblar. Comunicaban a los brazos de mi sillón una profunda vibración de todo su cuerpo, una especie de redoble precursor de los temblores de tierra.

El timbre del teléfono provocó el cataclismo. El teléfono sonó. Las hermosas modulaciones líquidas de los teléfonos de hoy, los teléfonos memoria, los teléfonos programa, los distinguidos teléfonos directorales para todos...

El teléfono estalló bajo el puño del gigante.

—¡Tú, cierra la boca!

Tuve la visión de mi patrona, la reina Zabo, arriba, al otro extremo del hilo, hundida hasta el talle en la moqueta por aquel mazazo.

Luego, el gigante se apoderó de mi hermosa lámpara, casi directoral, y cascó la exótica madera en su rodilla antes de preguntar:

—¿Nunca se le ha ocurrido que aparecería un tipo y dejaría su despacho hecho migas?

Era de esa clase de furiosos en los que el gesto precede siempre a la palabra. Antes de que yo pudiera responder, el pie de la lámpara, recuperando su función primigenia de maza tropical, había caído sobre el ordenador, cuya pantalla se esparció hecha pálidos añicos. Un agujero en la memoria del mundo. Y como si eso no bastara, mi gigante martilleó la consola hasta que el aire quedó saturado de símbolos devueltos a la anarquía inicial de las cosas.

Rediós, si le dejaba hacer íbamos a caer de nuevo en la prehistoria.

Ahora ya no se ocupaba de mí. Había derribado la mesa de Mâcon, la secretaria, y había soltado una patada a un

cajón, atestado de clips, tampones y esmalte de uñas, que se estampó entre ambas ventanas. Luego, armado con el cenicero de pie al que su semiesfera de plomo hacía oscilar, graciosamente, desde los años cincuenta, la emprendió metódicamente con la biblioteca de enfrente. La tomaba con los libros. El pie de plomo hacía espantosos estragos. Aquel tipo tenía el instinto de las armas primitivas. Al dar cada uno de los golpes, lanzaba un gemido de niño, uno de esos gritos de impotencia que deben componer la música habitual de los crímenes pasionales: aplasto a mi mujer contra el muro lloriqueando como un mocoso.

Los libros emprendían el vuelo y caían muertos.

No había muchos modos de detener el desastre.

Me levanté. Tomé con ambas manos la bandeja de café que Mâcon había traído para enternecer a los quejicas precedentes (un equipo de seis impresores a los que mi santa patrona había llevado al paro, porque habían entregado con seis días de retraso) y lo tiré todo contra la biblioteca acristalada donde la reina Zabo expone sus más hermosas encuadernaciones. Las tazas vacías, la cafetera medio llena, la bandeja de plata y los fragmentos de cristal organizaron el jaleo suficiente para que el otro se quedara inmóvil, con el cenicero por encima de su cabeza, y se volviera hacia mí.

—Pero ¿qué está haciendo?

—Lo mismo que usted, me comunico.

Y tiré por encima de su cabeza el pisapapeles de cristal que Clara me había regalado en mi último cumpleaños. El pisapapeles, una cabeza de perro que se parecía vagamente a Julius (perdón Clara, perdón Julius) hizo estallar el rostro del viejo Talleyrand-Périgord, fundador oculto de las Ediciones del Tallón en un tiempo en que, como hoy, todo el mundo necesitaba papel para arreglar sus cuentas con todo el mundo.

—Tiene usted razón —dije—, cuando no se puede cambiar el mundo hay que cambiar el decorado.

Dejó caer el cenicero a sus pies y lo que debía suceder sucedió por fin: rompió a sollozar.

Los sollozos le dislocaron. Parecía ahora uno de esos muñecos de madera que se desmoronan cuando se aprieta su peana.

—Venga por aquí.

Me había sentado de nuevo en el sillón, que seguía colocado sobre la mesa. Se aproximó titubeante. Entre los cables de su cuello, el bocado de Adán hacía increíbles viajes para expulsar el dolor. Yo conocía muy bien aquella pena. No era la primera vez.

—Acérquese más.

Dio aún dos o tres pasos que le acercaron a mi nivel. Su rostro chorreaba. Incluso sus cabellos estaban empapados en lágrimas.

—Perdóneme —dijo.

Se enjugaba con los puños cerrados. Tenía las falanges velludas. Posé la mano en su nuca y atraje su cabeza hacia mi hombro. Medio segundo de resistencia y, luego, todo se abandonó.

Con una mano, yo sostenía su cabeza en el hueco de mi hombro, con la otra le acariciaba el pelo. Mi madre sabía hacerlo muy bien, no había razón alguna para que yo no supiera hacerlo.

La puerta se abrió ante la secretaria Mâcon y mi amigo Loussa de Casamance, un senegalés de un metro sesenta y ocho, con ojos de cocker y las piernas de Fred Astaire, que es, con mucho, el mejor especialista en literatura china de toda la capital. Vieron lo que había para ver: un director literario sentado sobre su mesa y consolando a un gigante, de pie, en un campo de ruinas. La mirada de Mâcon evaluaba con horror los daños, la de Loussa me preguntaba si necesitaba ayuda. Con el reverso de la mano les indiqué que se largaran. La puerta se cerró en un soplo.

El gigante seguía sollozando. Sus lágrimas resbalaban por mi cuello, y estaba empapado hasta la cintura. Que llo-

riqueara lo que el cuerpo le pidiera, yo no tenía prisa. La paciencia del consolador se debe a que también él tiene sus propios líos. Lloro, colega, todos estamos con la mierda hasta el cuello, y eso no hará subir el nivel.

Y mientras se vaciaba en el cuello de mi camisa, pensé en el noviazgo de Clara, mi hermana preferida: «No estés triste, Benjamin, Clarence es un ángel». Clarence... Pero ¿cómo puede alguien llamarse Clarence? «Un ángel de sesenta años, querida, tiene tres veces tu edad». La risa aterciopelada de mi hermana menor: «Acabo de hacer un doble descubrimiento, Benjamin, los ángeles tienen sexo y no tienen edad». «De todos modos, Clarinete mía, de todos modos, un ángel director de prisión...». «Pero que ha convertido su prisión en un paraíso, Benjamin, ¡no lo olvides!».

Las enamoradas tienen respuesta para todo y los hermanos mayores se quedan solos con sus preocupaciones: mi hermana preferida va a casarse mañana con un guripa en jefe. Eso es. No está mal, ¿verdad? Si añadimos a ello que mi madre se largó, hace unos meses, con un asma, enamorada hasta el punto de no haber llamado por teléfono una sola vez desde entonces, obtendremos un retrato bastante hermoso de la familia Malaussène. Sin mencionar a los demás hermanos y hermanas: Thérèse, que lee en los astros; Jérémy, que le pegó fuego a su escuela; el Pequeño, con sus gafas rosadas y cuya menor pesadilla se hace realidad, y Verdún, la última, que aulló desde el primer segundo como la batalla del mismo nombre...

¿Y tú, gigante que lloras, qué tipo de familia tienes? Ninguna familia tal vez, y lo has apostado todo por la pluma, ¿es eso? Se tranquilizaba un poco. Lo aproveché para hacer la pregunta cuya respuesta ya conocía:

—Le han rechazado un manuscrito, ¿no es cierto?

—Por sexta vez.

—¿Y siempre el mismo?

De nuevo sí con la cabeza, que ha separado por fin de mi hombro. Luego, una inclinación muy lenta:

—Lo había trabajado tanto, si usted supiera, me lo sé de memoria.

—¿Cómo se llama usted?

Me dijo su nombre y recordé enseguida la risueña cara de la reina Zabo comentando el manuscrito en cuestión: «Un tipo que escribe frases como “¡Piedad! —sollozó a reculones”, o cree hacer humor cuando llama La Bayeta a las Galerías Lafayette, y lo repite por seis veces consecutivas, imperturbable, durante seis años, ¿qué clase de enfermedad prenatal sufre, Malaussène, puede usted decírmelo?». Había sacudido la enorme cabeza que la vida había plantado sobre su cuerpo de anoréxica, y había repetido como si se tratara de una injuria personal: «“¡Piedad! —sollozó a reculones”... ¿Y por qué no: “Buenos días —entró” o “Salud —salió de la habitación”?», y durante más de diez minutos se había entregado a deslumbradoras variaciones, porque no es talento lo que le falta...

Total, habíamos devuelto el manuscrito sin leerlo, yo había firmado con mi nombre la negativa y el tipo había estado a punto de morir de pena en mis brazos, tras haber convertido mi despacho en un erial.

—Ni siquiera lo ha leído, ¿verdad? Había puesto al revés las páginas treinta y seis, ciento veintitrés y doscientos cuarenta y siete, y siguen estándolo.

Típico... ¡Y pensar que nosotros, los editores, por muy taimados que seamos, caemos siempre en cosas como esa! ¿Qué responder, Benjamin? ¿Qué responderle a ese tío? ¿Que se está empecinando con un monumento de infantil cursilería? ¿Y desde cuándo crees tú en la «madurez», Benjamin? Yo no creo en nada, joder, solo sé que la máquina de escribir le sienta fatal a las niñerías, que el papel blanco es el sudario de la gilipollez y que no ha nacido todavía el que le venda quincalla a la reina Zabo. Esa mujer es el escáner del manuscrito, solo hay una cosa en el mundo que le haga llorar realmente: el martirio del imperfecto de subjuntivo. Y entonces, ¿qué puedes proponerle al otro gigante, a

ese que está ahí? ¿Que se dedique a la acuarela? Buena idea, así pondrá patas arriba el resto del edificio... Tiene cincuenta tacos bien medidos, y debe de hacer treinta, por lo menos, que se entrega por completo a la literatura; ¡esos tipos son capaces de cualquier cosa cuando se intenta despuntar su pluma!

Tomé pues la única decisión posible. Le dije:

—Venga conmigo.

Y salté directamente del sillón al suelo. Hurgué en la despanzurrada mesa de Mâcon, donde encontré el manojito de llaves que buscaba. Atravesé en diagonal el despacho. Él me seguía como si estuviera en el desierto. El desierto tras una escaramuza sirioisraelí. Me arrodillé ante un archivador metálico cuya persiana se abrió a la primera vuelta de llave. Estaba atestado hasta el techo de manuscritos. Tomé el primero que me cayó en las manos y le dije:

—Tome eso.

Se titulaba Sin saber adónde iba y estaba firmado por Benjamin Malaussène.

—¿Es suyo? —dijo cuando hube cerrado el archivador.

—Sí, y todos los demás también.

Fui a devolver el manojito de llaves a las ruinas de Mâcon, exactamente donde lo había encontrado. Ya no me seguía.

Miraba el manuscrito con aire perplejo.

—No lo comprendo.

—Pues es muy sencillo —dije—, me han rechazado todas esas novelas mucho más a menudo que a usted la suya. Le entrego esta porque es la última que ha nacido. Tal vez pueda usted decirme qué es lo que no funciona en ella. Yo la adoro.

Me miraba como si el vals del mobiliario me hubiera vuelto majara.

—Pero ¿por qué yo?

—Porque uno siempre es mejor juez de las obras de los demás, y su trabajo demuestra, al menos, que sabe usted

leer.

Entonces tosí un poco, me volví unos segundos y, cuando mis ojos se dirigieron de nuevo a él, estaban llenos de lágrimas.

—Se lo ruego, hágalo por mí.

Palideció, creo; sus brazos se abrieron a su vez, pero esquivé el abrazo y le acompañé hasta la puerta, abriéndola de par en par.

Vacilé un instante. Sus labios fueron de nuevo víctimas del temblor. Dijo:

—Es horrible pensar que siempre hay alguien más desgraciado que tú. Le escribiré para decirle lo que me ha parecido, señor Malaussène, le prometo que le escribiré.

Señalé el desastre de la estancia y dijo:

—Perdóneme, lo pagaré todo, yo...

Pero negué con la cabeza mientras le empujaba hacia fuera con suavidad. Cerré la puerta a sus espaldas. La última imagen que se llevó de esa pequeña sesión fue la de mi rostro, empapado en lágrimas.

Me sequé con el dorso de la mano y dije:

—¡Gracias, Julius!

Como el perro no se movía, me acerque y repetí:

—¡Sí, de verdad, gracias! Esto, al menos, es un perro que defiende a su dueño.

Como si me dirigiera a un chucho disecado. Julius el Perro permanecía ante la ventana, mirando pasar el Sena, con una obstinación de pintor japonés. Los muebles habían bailado el vals a su alrededor, su efigie en cristal se había cargado a Talleyrand, pero Julius el Perro se lo pasaba por el forro; fauces torcidas y lengua colgante, miraba pasar el Sena y sus barcas, sus canastos, sus zapatos, sus amores... Inmóvil hasta el punto de que el perturbado gigante debía de haberlo creído un monumento de arte primitivo, esculpido en una materia demasiado pesada incluso para una gran cólera.

Sentí una sospecha. Me arrodillé junto a él. Le llamé dulcemente.

—¿Julius?

Sin respuesta. Solo su olor.

—¿No vas a tener ahora un ataque?

Toda la familia Malaussène vivía aterrorizada por sus ataques de epilepsia. Según mi hermana Thérèse, anunciaban siempre una catástrofe. Y además le dejaban secuelas: fauces torcidas, lengua colgante.

—¡Julius!

Lo tomé en mis brazos.

No, estaba vivo, cálido, con su pelo de harina y hediendo por todas partes: Julius el Perro en perfecta salud.

—Bueno —dije—, ya hemos soñado bastante. Ven, le soltaremos nuestra dimisión a la reina Zabo.

¿Fue la palabra «dimisión»? Lo cierto es que se levantó y llegó a la puerta antes que yo.